

Serrano del Pozo, Gonzalo. *Chile contra la Confederación. La guerra en provincias: 1836-1839*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2017, 174 pp.

A partir de una investigación archivística sólida y bien documentada, Gonzalo Serrano estudia la Guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana desde una perspectiva económica y regional, incorporando secundariamente a la capital chilena y el vínculo entre Estado-nación e identidad nacional. El autor argumenta que, al constatar la participación de las provincias en el conflicto, fueron los propios habitantes quienes tuvieron que colaborar económicamente para el financiamiento militar del Estado. Esta perspectiva permite comprender la dinámica de la guerra desde una mirada provincial que parte de una breve pero consistente exploración histórica de la configuración de Chile antes de que se iniciara el conflicto; esto nos ofrece una nueva visión historiográfica sobre la Guerra contra la Confederación.

Como lo indica el título del primer capítulo, «Chile antes de la guerra», Serrano apela a las disputas y tensiones entre Buenos Aires y las provincias durante la primera mitad del siglo XIX para argumentar que, debido a la organización nacional chilena en el periodo decimonónico, «la cohesión territorial de Chile aparece más como una excepcionalidad que una normalidad» (25). Dentro de este primer capítulo, llama la atención la conformación de las ciudades «con desigual importancia y características propias» (25). Igualmente, resulta interesante la descripción de los centros urbanos de las metrópolis, la posición militar que tuvieron —como por ejemplo «Concepción, dada su condición de ciudad fronteriza con el pueblo mapuche, Valdivia, por ser un punto militar de relevancia y clave en la defensa de los dominios reales de la costa del Pacífico, y la Serena, que se constituyó como eje de la vasta área que correspondía a Coquimbo, con pequeñas extensiones agrícolas e importantes centros mineros» (26)—, la división del territorio en provincias, la función de las municipalidades y la participación de los ciudadanos en estas. En este

sentido, se agradece el interés de Serrano en analizar estos detalles en los que rara vez los historiadores reparan.

El segundo capítulo, «1836: Los albores de la guerra», está dedicado a examinar la preocupación que tenía Diego Portales por formar una fuerza naval que defendiera los intereses de Chile en el Pacífico sur. De este relato, llama la atención la invitación que realizaba Portales a los principales capitalistas de Coquimbo, Talca y Concepción para entregar una donación que posibilitara financiar la Escuadra. Además de estos antecedentes, también debemos tener en cuenta las excusas que algunos ciudadanos de las provincias enarbolaron para no contribuir financieramente a la guerra, como la de Manuel del Villar de Santa Rosa de los Andes, «quien se abstuvo de participar en las donaciones por no contar con el dinero que le solicitaba el Estado» (37). Este caso nos permite comprender algunas de las dificultades que tuvo el gobierno para recaudar fondos y financiar la escuadra nacional.

En el siguiente capítulo, «1837: El inicio del conflicto, el Motín de Quillota y el Tratado de Paucaparta», se busca dar una visión general de «las acciones del gobierno conservador para frenar los supuestos intentos de conspiración, publicando una de las leyes más polémicas del periodo»: «los consejos de guerra permanentes para los delitos políticos» (51). Para ello, se analizan cronológicamente los acontecimientos de los años 1837 y 1838, «fecha en la que se inicia la organización de una nueva expedición» (98). Serrano estudia una gran cantidad de fuentes provenientes del Archivo Nacional de Chile, como los fondos de la Intendencia de Coquimbo, la Colección Sergio Fernández Larraín, la Intendencia de Aconcagua, la Gobernación de Caupolicán, la Intendencia de Valparaíso, el Ministerio de Educación, el Ministerio de Guerra, la Intendencia de Atacama, el Ministerio de Marina, la Intendencia de Concepción y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es aquí donde reside la importancia de esta investigación; por ello, este capítulo es también el de mayor extensión.

En el que le sigue, «1838: La expedición del Ejército Restaurador», el autor profundiza en la «elección de Manuel Bulnes al mando del Ejército Restaurador» (106). Además, estudia el reclutamiento de los vagos y

ociosos, quienes fueron muy pocos «debido a que muchos escapaban a la cordillera o al sur» (107). Sobre esto, propone que, para evitar nuevas fugas, son los propios intendentes quienes decidieron implementar medidas para mantener a los nuevos reclutas bajo una firme obediencia —como, por ejemplo, colocarles un aro en la oreja—. El historiador también enfatiza en la determinación del intendente Fernando Urízar Garfias para sumar más hombres al Batallón Cívico N.º 3 de Aconcagua. El reclutamiento resultó un fracaso, pues estos hombres, sin ninguna profesión y acostumbrados a delinquir, desertaron del Ejército. Estos hechos obligaron al Estado a pensar en nuevas medidas que permitieran solucionar estos problemas; una de ellas fue recurrir al aporte de dinero voluntario por parte de los provincianos.

Serrano cierra su libro con un capítulo titulado «1839: La victoria en Yungay y las celebraciones en provincia». En él, además de analizar el triunfo del Ejército Restaurador en Perú, revisa los festejos realizados en Chile, principalmente las ceremonias organizadas por las municipalidades en las distintas provincias —como la Municipalidad de Vicuña y la Subdelegación del mineral de Chañarcillo— y los festejos que realizaba el Estado junto con la Iglesia para agradecer por la valentía de los soldados y la derrota del tirano Santa Cruz —a través del *Te Deum*—. Otro punto importante de este capítulo es el estudio que efectúa sobre la «consagración de la victoria de Chile en Yungay mediante la edificación de un arco triunfal en la ciudad de Santiago» (130). El propósito del gobierno chileno era agradecer al Ejército nacional por el triunfo obtenido en tierras extranjeras; y que esta victoria se mantuviera insigne como un nuevo símbolo para conformar una identidad nacional entre todos los chilenos.

No obstante sus numerosos méritos, se debe señalar que el autor no ha revisado parte de la bibliografía extranjera que ha estudiado fenómenos similares, como el libro de Robert Burr, *By Reason or Force: Chile and the Balancing of Power in South America, 1830-1905*. Una investigación como la que aquí se presenta requiere de mayor profundidad en los argumentos utilizados, con el objeto de fundamentar de mejor manera sus afirmaciones. Además, Serrano no explica los aspectos negativos que

el proyecto de la Confederación produjo en las provincias chilenas; esto permitiría una mejor comprensión del tema.

La obra reseñada se constituye como una importante contribución tanto para los estudiosos de la Confederación Perú-Boliviana como para el público general interesado en el fenómeno de la guerra. Por ello, su lectura es particularmente recomendable.

Jorge Andrés Orellana Billiard
Universidad Diego Portales